

ES LA
MAYOR
DE
ESPAÑA

LA CAMPANA GRANDE DE TOLEDO

por Angel Dotor

EL sabio tratadista y crítico galo E. Lambert ha escrito que la catedral de Toledo o basílica primada española constituye un *mundo*, habida cuenta del caudal de obras de arte, asombroso por su riqueza y variedad, acumulado en el grandioso y célebre templo con el decurso de los siglos. Tal tesoro aparece proclamado ya en el antiguo dístico latino referente a las mayores iglesias hispanas, que decanta el significado de la toledana como de la primera en tal sentido, al igual que la catedral de Oviedo se caracteriza por su historia santa, la de León por su pureza de estilo, y por su reciedumbre la de Salamanca.

Cuenta la catedral de Toledo, además, un elemento que no por menos ostensible a primera vista deja de entrañar sentido constancial al monumento y relevancia difícilmente superable. Nos referimos a la campana mayor de su torre, o campana de Toledo por antonomasia.

Cuando en el cotidiano aluvión informativo, en que a lo trágico y desconcertante se aduna lo banal y fugaz como nota predominante, figura la noticia, no hace mucho leída por nosotros, de haber sido colocada en la ciudad bohemia de Raisenbrod, famosa por su industria del vidrio, una campana hecha totalmente de dicha materia, no pudimos por menos de considerar altamente plausible la idea de exaltar la significación de las antiguas campanas españolas. Y asimismo que, todo lo contrario que cantar una elegía a la, más que improbable, imposible desaparición en su pristina materia de éstos por un moderno novelista denominados «pájaros de bronce», se reafirme, con un gran poeta romántico, que las obras de arte seculares conservan y hasta acrecientan, indefectiblemente, su relevante significado, pese a la en otros aspectos ineluctable transformación de la vida.

La fama de la campana de Toledo, como ser la mayor de España, data de época inmediatamente posterior a su construcción. Bien significativamente lo proclama el cantar:

*Campana, la de Toledo;
iglesia, la de León;
reloj, el de Benavente;
y rollo, el de Villalón.*

Ese mismo consenso popular, solera de leyenda, en el que se amalgaman rigor realista y soñadora fantasía, ha tejido no pocas afirmaciones en torno de ella, como las de ser tan grande que en su interior cabrían holgadamente cuatro alfayates con sus mesas y demás adminículos de trabajo, y que su sonido fue perceptible desde los suburbios meridionales madrileños, de los que la imperial ciudad dista más de setenta kilómetros. Estará bien puntualizar sus ingentes proporciones, glosando, con objetividad y el menor aparato erudito posible, su historia, evocadora de figuras gloriosas y días fastos, que es como decir del genio de la raza, felizmente ahora como nunca reafirmado.



La fachada de la catedral toledana, en la que descuella la grandiosa torre.

La fachada principal de la Catedral ofrece la puerta principal o del Perdón, la gran cúpula de la capilla mozárabe y la gigantesca torre de las campanas, única que se construyó de las dos gemelas y simétricas en un principio proyectadas; torre de tres cuerpos, el primero de los cuales, de base cuadrada, está dividido en cinco compartimentos; el segundo es de planta exagonal, y el tercero, vulgarmente llamado *el alcuzón*, constituye una flecha o chapitel piramidal acordonado de tres círculos de rayos.

Llamada de *San Eugenio*—en simbólico homenaje al famoso príncipe de la Iglesia, primero en convertir con el carisma de su elocuencia a los infieles de la ciudad—y, vulgarmente, la *Gorda*, la campana de Toledo ofrece un curioso paradigma de palin-genesia, pues ha sido fundida tres veces: en 1569; en 1637, por el artífice Pedro de la Sota, año en que era primado el cardenal-infante don Fernando de Austria, y en 1753, por Alejandro Gargollo, cuando regía la silla arzobispal el también cardenal-infante don Luis de Borbón. Dato curioso es que fue aumentando sucesivamente de proporciones, hasta alcanzar las definitivas, que son: peso, 17.744 kilogramos, o sea, casi 18 toneladas; altura, 3,40 metros; circunferencia, 9,80 metros; diámetro, 3,15 metros, y espesor, 30 centímetros.

No tardó en quedar cascada—o sea, con una fisura que perforaba su ánima en sentido longitudinal—a consecuencia del excesivo badajo que se le puso, «cincelado y grande como una columna», el cual se ve separado, debajo de ella, lo cual hizo preciso sustituirlo por otro menor, de hierro dulce, así como rebajar los bordes de la

parte lesionada. Por descontado que ese defecto supone merma notable en la intensidad de su sonido, ya que dificulta la producción de las ondas acústicas. Si, a pesar de ello, «atruena con su terrible vibración», según escribió Amador de los Ríos, fácilmente se comprende como ese «aún potente y vigoroso tañido no pueda compararse con el que tendría si conservara la integridad de su material», en el sentir del cronista Palazuelos.

Como es de rigor en esta clase de construcciones del llamado arte del hierro—al que ha venido dándose importancia excesivamente subalterna—, ofrece la campana en su superficie toda una serie de relieves con adornos, figuras y curiosas inscripciones latinas, cual documentos referentes a ese ya su dilatado historial. Colocada en la última sección del cuerpo principal de la torre, o sea, más de cincuenta metros, de los noventa y dos de total elevación de la misma, pende de la bóveda ojival de su centro, presidiendo allí, a modo de gigantesca musa mayor de la fe nacional, el conjunto formado por las nueve grandes campanas. Las ocho que la rodean, como dándole corte de honor, dos a cada lado, en sendos arcos u hornacinas de los muros, llámanse *Calderona*—la más antigua, pues data de 1479—, *Encarnación*, *San Juan*, *Santa Leocadia* y *San Joaquín*, *Ascensión* o *Espantadiablos*, *San Idefonso*, *Resurrección* y *San Felipe*. Encima, o sea, en el cuerpo superior de la admirable fábrica arquitectónica, cuéntanse, colocadas una encima de otra, en el centro octogonal, las llamadas *San Sebastián* y *del Santo*; a continuación se halla la cilíndrica *matraca*, que suena solamente en Semana Santa, es decir, cuando todas las campanas enmudecen, y, finalmente, la más pequeña de todas, llamada el *Angel* o *cimbalillo*. Por demás está decir que tal suma de lenguas de bronce constituye algo notabilísimo en gradación acústica, dada la tonalidad que ofrecen aisladamente, como consecuencia de su tamaño respectivo.

Síguese de lo expuesto que la campana de Toledo haya ejercido siempre gran influencia en el aura popular, y hasta no pocos escritores se sintieran sobremanera atraídos por la sugestión que les ofrecía tan cautivador tema. Caso sobresaliente entre ellos fue el de Galdós, tan apasionado amante de Toledo, de quien cuenta el inolvidable don Gregorio Marañón, como curiosa anécdota, que llegó a amistar con el campanero catedralicio, en unión del cual husmeaba torre, azoteas y tejados, «descubriendo a diario detalles nuevos y puntos de vista inesperados de la ciudad», así como que aquél «enseñó a Galdós y a sus compañeros de aventuras todos los toques de las campanas, desde los esquilones humildes a la imponente campana mayor, cosa que luego gustaba mucho de recordar el célebre escritor mientras comían, «haciendo badajo con un cuchillo en jarras y copas».

A. D.